
La Autonomía Moral: Un Proyecto Educativo

Sergio Trujillo García*

Tradicionalmente se han empleado tres formas de educación moral, ética o de formación en valores.

En una primera manera de educación moral podemos agrupar diversas formas y diversos grados de autoritarismo, a los que la persona que educa recurre con el fin de “moralizar” o “transmitir valores éticos o morales” a la persona que está en el proceso educativo. En este caso el educador o encargado de la “educación moral”, llámese papá, mamá, profesor, directivo, sacerdote, religioso o persona mayor, emplea métodos autoritarios.

Desde el hecho de “tener que” presentar un examen, hasta las distintas formas que asume el síndrome del

maltrato infantil, son muestras de un espíritu autoritario que guía la educación moral. La imposición de un castigo o la imposición de la obediencia so pena de ser castigado, la obligación de asistir a ciertos actos religiosos so pena de condenarse, la exposición al ridículo frente a los compañeros o el so-metimiento a la exclusión del grupo o al encierro y a la soledad no voluntarios, han sido tan empleados en la historia de la educación moral como el premio por “portarse bien”, la adulación, la “buena calificación”, el aplauso, la posibilidad de “ir al cielo”, o la bonificación en dinero por “portarse como te hemos dicho que lo hagas”. Dice Alice Miller que “en todas partes he encontrado, no niños perversos, sólo niños inermes que han sido maltratados en aras de la

* Psicólogo de la Universidad Javeriana y Profesor de Psicología Evolutiva y Psicología Educativa en la Facultad de Teología de la Universidad Javeriana

educación e incluso de los ideales más sublimes.”(1)

Todos los casos mencionados hasta ahora son ejemplos de una educación moral autoritaria, porque en ellos, quien educa se siente superior y considera al educando (su alumno, su hijo, su subordinado, etc.), como alguien inferior, al cual hay que decirle lo que es bueno y lo que no lo es, porque quien educa “sabe con plena certeza” (lo que también se ha llamado la “certidumbre moral”) qué es lo malo y qué es lo bueno.

Hemos participado en infinidad de conferencias, películas, sermones, discursos y “conversaciones” unilaterales, y en infinidad de situaciones en las que alguien impone lo que es “bueno” y otro lo acata, porque en último término “le con-viene”.

Una segunda forma de educación en valores cree fundamentalmente en el proverbio chino: “Una imagen vale mas que mil palabras”, y de ese modo considera que el ejemplo es lo más importante y valioso para educar moralmente. No importa cuántos consejos, conferencias o métodos audiovisuales se empleen; no importa cuántos premios o castigos se impongan; si no hay un “buen ejemplo”, no puede haber una educación moral adecuada. La persona que se propone como ejemplo o modelo de comportamiento sabe obviamente lo que es bueno o malo para sí mismo; la cuestión es que los demás deben contemplarlo e imitarlo.

Esta puede ser en el fondo una versión refinada de la educación autoritaria, si quien se propone como ejemplo, se presenta como el único y mejor ejemplo de la bondad y nunca hace nada por conocer el punto de vista de los otros, respecto de lo que ellos consideran bueno o malo, o nunca considera a nadie más como ejemplo suyo; pero puede ser una forma, a mi juicio la más justa y recíproca forma de educación moral, si quien se propone como ejemplo lo hace desde el sentimiento de igualdad y reciprocidad, según el cual no puede exigirle a nadie que cumpla lo que él mismo no cumple. Pero puede exigir que se le respete, porque él mismo respeta a los demás, o también proponer con su ejemplo que se cumplan las normas que él mismo cumple, porque las considera justas y adecuadas tanto para los demás, como para sí mismo.

Una tercera forma de educación moral se refiere al “dejar hacer” y “dejar ser”: que cada uno haga lo que considere bueno y evite lo que considere malo, porque cada uno es “libre “. De acuerdo con esto, cada persona es libre de escoger lo que es bueno y malo y de comportarse según su propia escala de valores. Esto entra en contradicción frontal con la esencia misma de la eticidad, de la moralidad, que es la vida en comunidad.

Las tres formas de educación moral, que hemos descrito, pueden resumir muy suscitamente los distintos tipos de educación moral que se han dado a lo largo de la historia de la educación.

(1).-Miller Alice *Por tu propio bien* (Buenos Aires 1979) 53.

Pero veamos qué tipo de moralidad forma en las personas, cada uno de esos modelos de educación moral:

El primer modelo, la educación autoritaria, conforma en las personas una moralidad heterónoma. (heteros = otro; nomos = ley, norma). Las normas creadas e impuestas por otros son asumidas como las que rigen el comportamiento propio. De modo que una persona, cuya educación (en general y en el campo moral en particular) haya sido de corte autoritario, tendrá más probabilidades de ser en su edad adulta, moralmente heterónomo; de no ser capaz de discernir por sí mismo la bondad o maldad de sus propios actos o de asumir una posición propia frente a la bondad o maldad de los actos ajenos. Los va a considerar buenos o malos, según el juicio de las personas que a su alrededor cuentan con algún grado de autoridad o de capacidad de persuasión.

En otras palabras, la persona moralmente heterónoma se acostumbró dentro de la educación autoritaria, a depender del premio, de las bonificaciones, de las notas "altas", de los aplausos, las felicitaciones, las condecoraciones, etc., para caer en la cuenta de que su comportamiento es "bueno"; o al contrario, se comporta de tal manera, porque ya sabe de antemano que "recibirá premio", y no lo hará, porque haya reflexionado sobre si en el contexto particular su comportamiento es adecuado, justo, respetuoso, recíproco, etc., sino porque desea el "premio". Notemos cómo en este caso, el valor supremo que

guía la conducta de la persona heterónoma es la aprobación del comportamiento propio por parte de las demás; aprobación que se expresa a través del premio en sí. En nuestro medio, el dinero es la forma más generalizada de aprobación del comportamiento. Esto explica el predominio del valor "dinero" sobre otros valores.

También dentro de la educación autoritaria, la persona moralmente heterónoma se habituó a depender del castigo. El ridículo público, la exclusión parcial o total del grupo, las "malas" notas, la agresión física, generan en el ser humano el grado de temor suficiente para lograr que no se comporte de la manera en que sabe que va ser castigado. En este caso deja de comportarse de ciertas maneras, no porque el fruto de su discernimiento indique que así es injusto comportarse o bueno y recto no hacerlo, sino por temor a la desaprobación por parte de la autoridad, que viene a ser el valor supremo.

En resumen, las personas con poder deciden en su nombre lo que es bueno o malo y la persona moralmente heterónoma, ya sea por temor al castigo o por dependencia del premio y como consecuencia de haber sido educada de esa manera dependerá tanto de lo uno como de lo otro para decidir su comportamiento.

Quienes han sido educados en un ambiente de "total" libertad tienen mayor probabilidad de crecer con una

moralidad egocéntrica, puesto que nunca han podido saber hasta dónde llegan sus derechos, ya que nunca se han visto en la necesidad de considerar los derechos de los demás. Para ellos, lo bueno es "lo que me conviene y me sirve y me gusta" y más allá de eso no existe ningún otro bien deseable ni ningún mal por considerar.

Quienes han recibido "buenos ejemplos" en un sentido autoritario, tendrán mayores probabilidades de crecer heterónomos, puesto que no tienen la posibilidad de optar por uno u otro ejemplo, sino que quien se propone como tal es el único modelo.

Quienes hayan recibido "buenos ejemplos" en un sentido justo y recíproco tendrán mayores probabilidades de crecer moralmente autónomos, (autos = propio; nomos: ley, norma). Discernirán por sí mismos, considerando tanto los puntos de vista de los demás como los propios.

La moralidad autónoma es la base para cualquier moralidad teónoma auténtica, puesto que la fe, ya sea que la entendamos como un don divino o como un proceso relacional entre Dios y el hombre, siempre exigirá opciones libres y por ende de discernimiento respecto a la bondad o maldad de los propios juicios y comportamientos.

Es importante que nos acerquemos en este momento a los aportes que la psicología ha realizado al estudio del

desarrollo y de la educación moral, con miras a conocer elementos que pueden permitirle al educador abordar la formación en este campo en el ajetreo diario y así dar respuesta al reto que nos plantea nuestra sociedad colombiana, una de cuyas características es el "vacío de eticidad" (2)

Presentaré algunos de los aportes de la psicología, tal como yo los he entendido y asumido en la práctica educativa, y a partir de la consideración teórica global del desarrollo evolutivo de la personalidad y del desarrollo moral en particular.

Entiendo el desarrollo evolutivo del ser humano, como un proceso relacional y dialéctico, cuyo itinerario es más o menos predecible o pronosticable. Es decir, es un proceso que cumple con unos lineamientos o direcciones generales, más allá de los cuales es imposible absolutizar alguna característica particular en cualquier ser humano que no sea una exageración. Este proceso tiene una naturaleza relacional y dialéctica, que implica un permanente cambio en la conservación y una permanente conservación en el cambio. Se va dando, gracias a las relaciones con otros seres humanos. De aquí se deriva lógicamente que autonomía no es sinónimo de independencia, sino que es la capacidad de decidir de quiénes y en qué grado depender.

El ser humano, en quien tiene lugar el proceso descrito desde el momento mismo de la fecundación, es una unidad

(2).- Roux Francisdo de, *Desafíos de nuestra realidad a una teología honesta*. (Lección inaugural del año 1987), *Theologica Xaveriana* 37 (1987) 16-18.

biológica, psicológica y social. La psicología evolutiva ilumina los lineamientos generales de su desarrollo.

Encontramos, entonces, en el desarrollo biológico del ser humano unos lineamientos definidos, pero amplios. Los médicos hablan del desarrollo céfalo-caudal y próximo-distal en el crecimiento físico; también encontramos una dirección que va desde el desarrollo de la motricidad gruesa al desarrollo de la motricidad fina, de los movimientos reflejos al control cada vez más preciso de los movimientos voluntarios, y todo ello nos indica un gran lineamiento biológico: de la dependencia a la autonomía biológica. Paralelamente y en estrecha relación con el desarrollo biológico, encontramos en el desarrollo psicológico que el conocimiento evoluciona de lo concreto a lo abstracto, de lo rígido a lo flexible, del conformismo a la crítica y en último término de la dependencia a la autonomía cognitiva. Concomitante, el desarrollo del lenguaje se da en un proceso que deviene de lo simple a lo complejo, de la expresión a la comunicación y, en última instancia, de la recepción pasiva a la creación a través del lenguaje. Afectivamente vemos también un proceso del egocentrismo al alocentrismo y al nostrocetrismo, que no indica otra cosa que un proceso de mayor autonomía.

En la vida espiritual, la fe es una

relación que se va construyendo sobre las bases de la cada vez mayor autonomía personal frente a Dios y a los demás seres humanos.

En último término: "Todo conduce a Jesús quien vivió con total autonomía el amor a los demás". (3)

"Jesús, el hombre libre que prefiere transgredir antes que obedecer una ley coercitiva y además infantilizante". (4)

En lo social, pasamos de un grupo reducido, como es la familia nuclear, a un número mayor de relaciones que involucran diversos grupos, desde la familia parental, pasando por los grupos educativos hasta las más variadas y complejas relaciones comunitarias y sociales, y dentro de éstas, de las relaciones unívocas en las que tan sólo recibimos, a las relaciones biunívocas o recíprocas en las que aportamos y recibimos, y nuevamente encontramos un lineamiento general de la dependencia a la autonomía, que como decía antes, viene a ser la capacidad de decidir de quiénes y en qué grado depender, en el presupuesto de que de una u otra forma no es posible, ni saludable la total independencia.

Todo lo anterior indica que la personalidad no se desarrolla en el vacío, sino a través del movimiento, del sentimiento y del pensamiento de un cuerpo concreto en el espacio, en el tiempo e inmerso en la relación con el mundo y

(3).- Ibidem 18 ss.

(4).- Alvarez Jose Ricardo, *La acción creadora y salvadora mediada por psicoterapia*, en *Theologica Xaveriana* 37 (1987) 127.

con otras personalidades.

Podemos, pues, afirmar que la finalidad del desarrollo natural integral es la autonomía.

Sin embargo, nos encontramos en la vida diaria con personas heterónomas, adultos y jóvenes. Esto hace que pensemos que sus personalidades son el fruto de relaciones familiares, educativas y sociales de dependencia y subordinación, en las cuales no puede florecer el proceso natural de autonomía, sino únicamente después de complejos procesos terapéuticos o de educación para la autonomía.

En congruencia con el desarrollo general ontogenético del ser humano, el desarrollo moral es un proceso relacional y dialéctico, por medio del cual el hombre y la mujer se van haciendo capaces de discernir la bondad o maldad de sus actos, teniendo en cuenta diversos puntos de vista y de modos de comportarse, consecuentemente con sus propias decisiones.

De esta manera el desarrollo moral muestra una tendencial natural que va de la heteronomía a la autonomía; y así como esta tendencia puede verse facilitada por relaciones sociales recíprocas, también puede obstaculizarse por las relaciones sociales de desigualdad, que encuentre la persona en el curso de su vida.

Hasta aquí he presentado básicamente

tres planteamientos:

1.- Que el desarrollo evolutivo integral del ser humano es un proceso relacional y dialéctico.

2.- Que la finalidad del desarrollo integral del ser humano es la autonomía.

3.- Que el proceso natural del desarrollo, y en particular del desarrollo moral, puede verse obstaculizado por relaciones sociales en donde prime la desigualdad: autoritarias, de completa libertad, de ejemplo o modelo unívoco; y que el proceso natural de desarrollo hacia la autonomía puede facilitarse por relaciones sociales recíprocas: de igualdad de derechos y de deberes, es decir por relaciones justas.

Todo lo anterior nos lleva a cuestionar el sentido, que tiene la educación que impartimos para la formación moral de nuestros alumnos e hijos, y por qué no, a cuestionar nuestra propia formación moral.

A nuestros cuestionamientos la psicología da algunas respuestas interesantes.

Desde que Piaget escribiera en 1949 su libro "El criterio moral en el niño"⁽⁵⁾ hasta hoy, son muchos los aportes que la psicología ha realizado al estudio del desarrollo moral y a la aplicación de la educación moral. Lawrence Kohlberg,

5.- Piaget J., *El criterio moral en el niño* (Barcelona Ed. Fontanella 1983).

Constance Kamii, Carlos Cañón (6), James Rest, Clark Power, Joseph Reimer, Moshe Blatt y otros estudiosos han realizado numerosas investigaciones tanto del desarrollo moral como de las diversas formas de educación en valores. Mi conclusión personal de los trabajos que conozco de dichos autores es la siguiente:

Las relaciones humanas en las que prima la reciprocidad, es decir la justicia y la igualdad, permiten y contribuyen al desarrollo de la autonomía moral. El clima democrático en el que dichos autores han trabajado, permite que las decisiones, que involucran de una u otra manera a toda la comunidad, se tomen comunitariamente. La discusión comunitaria de los dilemas morales, que conlleva toda decisión comunitaria, facilita el logro de una mayor autonomía moral, y además, mejora la autoimagen de los miembros, asegura las capacidades de comunicación y desarrolla las habilidades inherentes al diálogo controversial.

Los autores citados y otros más explican detenidamente el proceso del desarrollo moral y la influencia de las relaciones humanas en él, principalmente las relaciones enseñanza-aprendizaje. Voy a explicitar en pocas palabras las principales ideas educativas de dichos autores.

En los niños la heteronomía, que caracteriza su moralidad egocéntrica, es natural. Por eso un niño puede hacer o dejar de hacer algo, no porque lo considere bueno o malo, sino porque puede prever si lo premiarán o castigarán las personas con algún grado de autoridad que conviven con él. En realidad, los niños pequeños dependen de los adultos, incluso para poder sobrevivir, de tal manera que para ellos nunca será posible considerar la bondad o maldad de un acto propio o ajeno en términos de categorías morales, puesto que su nivel de desarrollo no se lo permite, ni su realidad se lo debe exigir. Con el tiempo y el aumento de las relaciones, es decir, a través del proceso de socialización primaria: en la familia nuclear, y secundaria: en la escuela, con los amigos, por los medios de comunicación, etc., el niño podrá encontrar oportunidades de confrontar su propio punto de vista moral con el punto de vista ajeno (de mayores, iguales y menores), y esas oportunidades le permitirán descentrarse (superar el egocentrismo) y considerar en los juicios y acciones que involucren dilemas éticos, varios puntos de vista y no solamente el suyo propio. En consecuencia, tendrá mayores elementos de juicio y una capacidad más desarrollada para comportarse coherentemente con sus decisiones morales.

(6).- De Carlos Cañón indicamos estas dos obras. 1.- El sentido de lo humano. Valores, Psicología y Educación (Carlos Cañón y Benjamín Álvarez, editores) (Bogotá 1985). 2.- El sentido de los valores. Teoría, investigación y sus aplicaciones a la psicología y a la educación (Carlos Cañón y Benjamín Álvarez, editores) (Bogotá 1985).

El proceso de descentración moral tiene un gran desarrollo en la adolescencia, precisamente por el aumento de las relaciones sociales entre iguales inherentes a esta edad.

Si un niño o un joven no encuentra oportunidades de confrontar sus puntos de vista con los demás, en un plano de igualdad y reciprocidad, así sea mayores que él, ya sea porque generalmente se le impone la voluntad ajena o porque siempre se le permite hacer lo que quiera, el niño tendrá menos probabilidades de construir su propio sistema axiológico, y en la mayoría de situaciones que le exijan decisiones morales, recurrirá a la justificación de sus actos, aduciendo que "la mayoría hace lo mismo" o actuará de la manera en que probablemente obtendrá aprobación o no actuará por temor al castigo.

Existe la tendencia en los adultos a repetir con los menores la forma en que fueron educados cuando pequeños. Esto es un hecho comprobado. Si pensamos cómo se comportarán cuando adultos, personas que siempre fueron educadas en la heteronomía, encontraremos un círculo vicioso muy difícil de romper. Para lograr que un adulto heterónimo sea moralmente autónomo, se necesitan complejos procesos terapéuticos.

Ahora bien, hagámonos a la idea de muchos niños que han crecido en una educación heterónoma y nos encontramos en una sociedad heterónoma, fácil de manipular por los

medios de comunicación masivos.

Afirmo, pues, que nuestra sociedad colombiana de hoy, está compuesta por infinidad de ejemplos de desarrollo moral heterónimo, y que el vacío ético, que la caracteriza, es el fruto de la educación, que tanto en la familia como en los colegios y a través del ejemplo directo o de los medios masivos de comunicación, reproduce permanentemente la injusticia en las relaciones sociales y no permite el florecimiento de la reciprocidad, la justicia y la autonomía.

Que un niño o un joven tenga la oportunidad de confrontar sus puntos de vista con los puntos de vista ajenos, supone para los mayores que reduzcan su poder como adultos y que, en lugar de buscar imponer su voluntad, sus creencias, sus valores o sus conocimientos, busquen entender el punto de vista del niño o joven; en otras palabras y como se dice popularmente, que los adultos sean capaces de ponerse en los calzones del interlocutor, lo cual implica también descentrarse. De esta manera, no sólo se pueden entender las opiniones de los iguales, menores o mayores, sino que se cuenta con la oportunidad de expresar también la propia opinión, en un clima de mutuo respeto.

La reciprocidad exige, pues, como único prerrequisito, la posibilidad de amar que está en todo ser humano.

Muchos ejemplos prácticos de

educación para la autonomía son analizados claramente por Constance Kamii en su artículo "La Autonomía como finalidad de la educación". Conviene resaltar por su forma fácil de aplicación a la vida diaria, los seis tipos de sanciones por reciprocidad, en donde se explica cómo superar el castigo y el premio por medio de sanciones equitativas.

En la realidad, y esto nos lo demuestra la ciencia permanentemente, nadie es poseedor de la verdad única y absoluta. Todos los conocimientos, incluidos aquellos empíricamente demostrables, son relativos al contexto en que se interpretan; de manera que no existe ninguna razón válida para tratar de imponer el propio punto de vista a nadie, ni de aceptar como único el punto de vista de alguien.

Todo ello implica que la educación debe darse en un clima democrático, participativo, creativo, crítico, empático y particularmente en una atmósfera comunitaria, en la cual todos los miembros tienen derechos y los ejercen y todos tienen también deberes y los ejercen democrática y participativamente. De ello resulta que los conocimientos no se consiguen o reciben del profesor o del adulto, sino que se construyen, al igual que los valores morales, a través del trato con los demás en la vida comunitaria. Dichos valores y conocimientos son aplicables directamente a la vida diaria (no son abstractos ni teóricos o académicos), porque ha surgido de la vida corriente.

De allí también resulta que la educación moral no requiere una cátedra en que se trate de ella o de derechos humanos, sino que se va construyendo a partir de las relaciones recíprocas y justas que se conforman alrededor de los variados temas y asuntos que se pueden investigar y discutir en cualquier institución educativa.

¿De qué le sirve a un joven estudiante que aprenda de memoria que los hombres somos iguales y que recite de memoria la lista de los derechos humanos, si tanto en su colegio como fuera de él, percibe permanentemente las diferencias sociales que le demuestran que lo que se le enseña no es cierto o por lo menos no se practica? ¿No estará aprendiendo que los adultos, sus profesores o sus propios padres dicen mentiras o al menos enseñan cosas que no funcionan?

En cambio, si un joven vive en una comunidad educativa justa y a través de la participación democrática de todos sus miembros sabe de los conflictos que genera la necesidad de tomar decisiones que conciernen a todos y de llevar a cabo lo que se decide. ¿No se estará formando integralmente y no será un agente de cambio, quien además de entender las grandes injusticias sociales, trabaje por la construcción de un mundo justo y cuente con los elementos y las capacidades para hacerlo? ¿Por lo menos será autónomo para decidir qué y cómo actuar cuando sea adulto? ¿No estará ese niño desarrollando su autonomía e inherentemente su

capacidad de descentración que le permite colocarse en el lugar del "otro", del "pobre", de "su hermano"? ¿No estará desarrollando el sistema de valores del cual precisamente carece nuestro mundo actual?

La experiencia en la práctica educativa y pedagógica, nos dice que todas esas preguntas tendrían una respuesta afirmativa y que, aunque en un comienzo se encuentren fuertes resistencias al cambio, la autonomía encuentra donde florecer.

Las distancias entre la vida real y la vida escolar desaparecen, sencillamente porque el conocimiento brota de la vida misma y porque su construcción se basa en el proceso natural del desarrollo: la autonomía no sólo sería la finalidad del desarrollo, sino también de la educación.

En nuestra Colombia y en el mundo, la necesidad de ética es la más acuciante de todas las necesidades y posiblemente el vacío de eticidad, sea la causa de tantas otras necesidades: de justicia, de paz, de respeto por la vida, de equitatividad en la repartición de bienes y oportunidades.

Si buscamos el desarrollo moral propio y ajeno por los caminos sugeridos en

este artículo, creo que cumpliríamos con tres ideas fundamentales de la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, llevada a cabo en Medellín hace ya 22 años:

1. - "Ante todo la vocación del hombre a su desarrollo integral".

Idea hoy por hoy más vigente, si tenemos en cuenta la "Sollicitudo Rei Socialis".

2.- "La idea de una salvación integral que abarca la totalidad del hombre". Es en término de Medellín, el compromiso más acuciante para la Iglesia en América Latina.

3.- "La Iglesia se manifiesta y ofrece como sacramento de unidad". Es el reto que debemos asumir todos los cristianos, a fin de crear en la sociedad el sentido comunitario como única respuesta posible y adecuada a las exigencias que la realidad hace a la Iglesia y en particular a la educación impartida en los colegios y universidades religiosos, de un desarrollo moral real que llene el vacío ético actual. (7)

Religión viene del latín religare = Relacionarse, vincularse.

Si queremos vivir la religión, relacionémonos, pero recíprocamente.

(7).- Presentación, en Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la Luz del Concilio. I. Ponencias* (Bogotá, Secretariado General del CELAM 1968)